N. 3

INVOLUCRAR

El cuerpo no se compone de un solo miembro sino de muchos (1Co 12,14)

MUCHAS MANOS EN UN PLATO... DEJAN TODO MEJOR ORDENADO

"Celebrar" es cuestión de todos y no de uno o dos nada más.

TODOS PODEMOS HACER ALGO

Y para que todos/as hagan algo en la celebración es necesario tener previstas las tareas, ordenarlas y distribuirlas según la capacidad de cada uno.

Muchas veces, antes del inicio de la celebración, hay una o dos personas que corren nerviosas de un lado a otro organizando todo. Es una imagen muy triste y da la sensación de que preparar la misa es un problema y no una alegría. Sin contar las veces en que estas personas -agitadas y preocupadas (cfr Lc 10,41)- además están enojadas porque *nadie se compromete y todos llegan tarde a la misa.*

El templo no es un teatro o una sala donde todos deben estar correctamente ubicados para presenciar una función religiosa que sucederá puntual, esté quien esté.

Preguntémonos si el fenómeno de quienes se suman una vez iniciada la celebración no tendrá que ver con todo esto.

La reacción natural de quien no se siente parte de la celebración suele ser ausentarse; de todos modos, nadie se dará cuenta.

CELEBRAMOS TODOS. TODAS.

Y cada uno/a según su propio talento y posibilidad. Como corresponde al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Pero todos llegan tarde y hay que preparar la misa con las tres personas que están temprano. El argumento fatídico que tira por la borda cualquier iniciativa de renovación.

Quienes llegan al templo un rato antes del inicio de la celebración lo hacen casi siempre porque desean orar en silencio unos momentos. Y no les resulta agradable que, a poco de ingresar, alguien les *encaje* la primera lectura porque no hay nadie.

No traje los anteojos suele ser la manera cordial de decir *no*. Es muy probable que quienes son conminados a actuar en la liturgia sientan que están haciéndole un favor a la desorganización con la que siempre empieza la misa. Muchos/as hermanos/as esperan la celebración del fin de semana porque allí encuentran respuestas, fortaleza o la paz que necesitan.

Muchos/as otros/as se acercan al Santuario desde muy lejos y por primera vez. También están quienes, incluso con desconfianza, quieren escuchar una palabra. La celebración, entonces, no puede organizarse unos minutos antes y a la corridas.

La coherencia con el evangelio, el entusiasmo, la alegría, los deseos de invitar e incluir se suelen expresar generalmente en creatividad. Si algo que intentamos durante mucho tiempo no funciona, ¿tiene sentido seguir probando con lo mismo? Sumado a eso, mucho daño le hacen a la comunidad los cristianos quejosos que lamentan el pasado y no hacen nada para salir al encuentro de este presente.

Saber con quien contamos, no acaparar todos los lugares, hacer espacio para que otros/as se sumen, preparar con paciencia y tiempo lectores/as de la Palabra, invitar y recordar que Jesús tiene algo para sus vidas... son algunas de las expresiones del amor evangelizador.

La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. «Primerear»: sepan disculpar este neologismo. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear! Como consecuencia, la Iglesia sabe «involucrarse». Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a los discípulos: «Serán felices si hacen esto» (Jn 13,17). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz.

Francisco